ANTONIO MACHADO, BAEZA Y DON LOPE DE SOSA*

I

Cuando Machado llega a Baeza, tras obtener trasladado al Instituto General Técnico de aquella localidad, deja en la tierra de Soria los mejores años de su vida y a su esposa Leonor descansando en el cementerio que tantas veces recordara en posteriores poemas. No era un «mudarse por mejorarse», que dirían los clásicos, sino un cambio impuesto por la necesidad de olvidar, de alejarse lo más posible del escenario de la reciente tragedia. Soria era en efecto una pequeña capital provinciana, pero capital al cabo, donde Machado dejaba amigos entrañables y empresas culturales en las que la buena voluntad y la colaboración de personas realmente interesadas daban frutos aceptables, en lo provincial siquiera. Pero Baeza era otra cosa. No en sus dimensiones, ni en la belleza de sus piedras antiguas. Lo que en verdad sobrecogerá a Machado será la vida de la ciudad, la escasa vida que en la década de la Gran Guerra alentaba en la «Salamanca Andaluza».

Claro que tampoco nos conviene engañarnos pensando, a la vista de la valoración positiva que el poeta hace de Soria frente a la negativa de Baeza, que las diferencias entre ambas poblaciones y sus gentes fueran tan abismales[1]. Los

---

* El presente artículo, destinado a aparecer en 1971 en un número del *Boletín de Estudios Giennenses*, con ocasión de un homenaje a Alfredo Cazabán, resultó censurado. Se edita en nuestro libro por primera vez. A. Ch., editor.

[1] «Tengo motivos que usted conoce para un gran amor a la tierra de Soria; pero tampoco me faltan para amar a esta Andalucía donde he nacido. Sin embargo, reconozco la superioridad espiri-

noventayochistas sobrevaloraron Castilla y mitificaron en exceso sus cualidades. sus bellezas y hasta sus miserias. Ya va siendo hora de que las aguas vuelvan a su cauce y nuestra admiración por los grandes maestros de aquella generación no sea impedimento para que comprendamos lo relativo de muchos de sus tópicos. El tópico de Castilla, como cualquier otro tipo de mitos literarios, culturales y políticos (que de todo tenía), exige, a nuestro parecer, una revisión urgente.

Otra de las razones que pudo influir decisivamente en la simpatía que Machado reitera hacia las tierras castellanas, es la ya aludida de la muerte de su esposa. Está fuera de duda –y el propio poeta así lo manifiesta– que asocia instintivamente «años felices» con «tierras felices». La compañía de que disfrutó en Soria, frente a la soledad que le abruma en Baeza, influyen decisivamente en hacerlo recordar las tierras castellanas como un paraíso (extraño paraíso) perdido en el tiempo y en el espacio.

Todos estos razonamientos nos llevan a pensar que, aunque el poeta no lo manifieste así, la realidad soriana y la baezana, la castellana y la andaluza, poco diferían en aquellos años y poco han seguido diferenciándose desde entonces. Ambas presentaban, a nuestro entender, el mismo aspecto desolador, que era mucho más patente por cuanto contrastaba con las bellezas paisajísticas y monumentales, testigos mudos de glorias pasadas y acusadores silenciosos de la inercia actual.

Que no andamos muy lejos de la realidad, al sostener esto, nos lo demuestra un hecho incontrovertible: la época que Machado permaneció en Baeza fue testigo de su madurez artística y poética. El nuevo paisaje acabó ganando la adhesión del poeta y ofreciendo su realidad como fondo y contenido de composiciones insuperables. El olivo suplantará al chopo, al álamo y al olmo; el Guadalquivir al Duero y el aceitunero al segador.

Se observa que la pobreza cultural que Machado encuentra en Baeza, la degradación de un pueblo que en nada se parece a la España soñada («La España de la rabia y de la idea»), actúan como revulsivos en su ánimo y provocan la

---

tual de las tierras pobres del alto Duero. En lo bueno y en lo malo supera aquella gente.» Fragmento

indignación de donde surgen los poemas más significativos del pensamiento machadiano de esta época.

Rafael Láinez Alcalá ha relatado en unas páginas sencillas y evocadoras[2] sus recuerdos como alumno del Instituto baezano y discípulo de Machado. En ellas encontramos al poeta a solas con sus sueños, interviniendo en las tertulias de la farmacia de Almazán y alternando esas inevitables relaciones sociales con largos paseos por las antiguas murallas o por la carretera de Úbeda; interesado en conocer la tierra, viajero y peregrino a las fuentes del Guadalquivir, en constante diálogo con la naturaleza, donde encontraba sin duda lo que no había en las gentes que le rodeaban. Ambas facetas de su obra de aquellos años (la del mundo natural y la del mundo social) contrastan entre sí del mismo modo que contrastaban las realidades referidas. La una provocaba los sueños reposados y la contemplación admiradora; la otra, la indignación y la crítica. Cuando en sus poemas aparecen Úbeda, Baeza, Cazorla, Peal o Torreperogil, hay que recordar aquellas coplillas andaluzas, de las que tanto gustaba el poeta, donde, con distinta referencia pero con igual intención, nos da la clave de su valoración de las ciudades y sus moradores:

Qué bonita es Sevilla
sin sevillanos.

Por eso no es acertado establecer pugilatos sobre cuál fuera la ciudad donde Machado se encontró mejor. En cualquier caso él sabía que estaba en un punto de una realidad total y no quiso ni pudo, como gran poeta que era, ahogarse en esferas localistas. Gustó de cuantas bellezas le rodearon, tanto urbanas como paisajísticas, y repudió la sordidez que envolvía y manchaba muchas de esas bellezas. Amó los campos, los olivares y los sembrados, pero señaló las injusticias que en ellos se estaban cometiendo. Le atrajeron las callejas, los rincones típicos y los edificios suntuosos, pero lanzó anatemas contra sus moradores. Le

---

de una de las cartas de Machado a Unamuno, probablemente escrita en 1913. En *Los Complementarios y otras prosas póstumas*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1957; p. 164.

[2] RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ: «Recuerdo de Antonio Machado en Baeza». En *Strenae, Estudios de filología e historia dedicados al profesor Manuel García Blanco)*. Salamanca, 1962; páginas 249-257.

dolió España y trabajó por la promoción social, cultural y política de su pueblo, pero no dudó un solo instante en señalar los vicios nacionales o las crueldades desatadas, incluso cuando se trataba de ese mismo pueblo (recuérdese «La Tierra de Alvargonzález»).

II

A los pocos meses de llegar Machado a Baeza, en enero de 1913, nacía en Jaén una revista que iba a conocer (cosa desacostumbrada entre nosotros) dieciocho años de existencia ininterrumpida. Su nombre, *Don Lope de Sosa*; su fundador y director, Alfredo Cazabán Laguna; su lema, «laborar por la cultura» y su campo de interés, fundamentalmente, las riquezas histórico-artísticas y arqueológicas de la provincia.

Machado no mantuvo relaciones directas con *Don Lope*, ni colaboró en ella, entre otras razones porque el tema literario no era el centro de gravedad de la revista: él publicaba sus trabajos desde hacía tiempo en órganos de ámbito nacional e internacional. Su personalidad estaba ya más que perfilada por aquellos años, a pesar de lo cual pasó desapercibida a buena parte de quienes le trataron. A ello contribuyó sin duda su falta de pretensiones y su alejamiento de cualquier jactancia.

Pero sigamos con *Don Lope de Sosa*. El subtítulo de la revista era también significativo: «*Crónica mensual de la provincia de Jaén*». Crónica por cuanto relataba muchas de las glorias antiguas, y crónica igualmente porque se ocupaba de los acontecimientos culturales de la provincia. En este segundo aspecto sí existe presencia de Machado en la revista y, aunque no demasiado recalcada, sí suficiente como para pensar que, en efecto, a «*Don Lope*» se le escapaban pocas de las cosas que en Jaén acontecían. Tras un repaso detenido de los dieciocho tomos que componen la colección, hemos encontrado dos referencias directas al poeta y algunas, indirectas, al ambiente en que se desenvolvió, que acaso puedan darnos cierta luz sobre esas relaciones de Machado y Baeza que han sido abordadas al comienzo del presente trabajo.

Rafael Láinez Alcalá refiere en el artículo citado más arriba cómo «Alfredo Cazabán se preocupó de solicitar mis cuartillas y allegar la interesante fotografía del poeta» que en el n.º 78 de la revista, perteneciente a junio de 1919.

aparecieron con el siguiente título: «Del nido real de gavilanes, el maestro de poetas D. Antonio Machado». Ocupaban dos páginas en las que Láinez glosaba la personalidad y la obra de Machado, insistiendo especialmente (y así podemos explicarnos el encabezamiento arriba transcrito) en la influencia que sobre él mismo habían ejercido «las sabias y pacíficas explicaciones que particularmente he recibido del Maestro».

Más interesantes si cabe son las líneas finales, donde puede leerse lo siguiente:

> «En Baeza –el nido real de gavilanes– esta muerta ciudad[3] señorial y romántica que vive de sus gloriosos recuerdos, discurre silenciosa, trabajadora y humilde la vida del poeta-filósofo. En mis pocos años no se me alcanza con todo su esplendor la grandeza de este hombre modesto, a quien de veras admiro; sin embargo, comprendo el valor de sus palabras que escuché religiosamente, como si oyera hablar al más autorizado y sublime de los hombres»[4].

En estas líneas parece evidente el acierto con que Láinez caracterizó al poeta, y, sobre todo, la perspicacia con que supo captar su auténtico valor, teniendo en cuenta que por aquellas fechas era casi un niño que acababa de cursar el bachillerato. También nos interesa la referencia que hace de Baeza como «ciudad muerta», lo cual coincide plenamente con la visión que Machado relata en una de sus cartas a Miguel de Unamuno:

> «Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de segunda enseñanza, y apenas sabe leer el treinta por ciento de la población. No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y señoritos arruinados en la ruleta. La profesión de jugador de monte se considera muy honrosa. Es infinitamente más levítica y no hay un átomo de religiosidad. Se habla de política –todo el mundo es conservador– y se discute con más pasión cuando la Audiencia de Jaén viene a celebrar un juicio por jurados. Una población rural, encanallada por la Iglesia y completamente huera. Por lo demás, el hombre del campo trabaja y sufre resignado o emigra a la ciudad en condiciones tan lamentables que equivalen al suicidio.

---

[3] El subrayado es nuestro, J.A.B.C.

[4] *Don Lope de Sosa,* Año VII, n.º 78, Junio de 1919; pp. 163 y 164.

A primera vista parece una ciudad mucho más culta que Soria porque la gente acomodada es infinitamente discreta, amante del orden, de la moralidad administrativa y no faltan gentes leídas y coleccionistas de monedas antiguas. En el fondo no hay nada. Cuando se vive en estos páramos espirituales no se puede escribir nada suave, porque necesita uno la indignación para no helarse también»[5].

Apocalíptica descripción en la que la dureza de algunas expresiones se puede comprender por la índole reservada del escrito. Hasta muchos años después no se atrevería Machado a decir en público o a escribir cosas semejantes. Ante el anterior fragmento habrá que hacer algunas puntualizaciones.

En primer lugar, la visión desolada que esas líneas nos ofrecen puede y debe ampliarse como referida, no sólo a Baeza, sino a toda la realidad nacional. que por aquellos años no ofrecía precisamente un panorama halagüeño. Baeza pudo ser el punto de partida de donde salieron aquellas reflexiones, pero nada más. No hay por qué pensar en una animadversión especial de Machado para con una tierra que tan insistentemente cantó en tantos de sus poemas.

En segundo lugar, y repasando la colección de *Don Lope de Sosa,* hemos encontrado algunas colaboraciones en las que se repiten de manera obsesiva las referencias a Baeza como «ciudad muerta» que ya han sido señaladas en Láinez Alcalá. Sólo que en *Don Lope de Sosa* el prestigio de los valores histórico-artísticos se imponía a la sordidez de una realidad, mientras que en Machado ocurre todo lo contrario.

Antonio Mascaró es autor de un breve artículo en el n.º 3 de *Don Lope de Sosa* (Año I, marzo de 1913), titulado «Hoja de Álbum» y referido a Baeza. Mientras Mascaró vaga por las calles solitarias de la vieja ciudad y contempla los restos de sus grandezas, se pregunta:

«¿Dónde está la raza que dio vida a este pueblo y construyó tanta y tanta obra de arte, digna de ser admirada...?».

Más adelante, habla del «lamentable montón de escombros» y concluye:

«La ruina remplazó a la vida. Se roturaron montes y se registró las entrañas de la tierra y surgieron, no lejanas, otras ciudades, rivales en la lucha del esfuerzo, que encauzaron por las nuevas vías todas sus modernas riquezas. Baeza no pudo resistir. No lejos de ellas, batida por el nuevo ser de la vida, no queriendo adaptarse a es-

[5] Este fragmento pertenece a la carta ya reseñada en la nota 1.

tas novedades, inclinó su cabeza gloriosa, cargada de coronas, y vive en su pasado, como un preciado museo, como una colección de admiradas joyas, que es orgullo de propios y admiración de extraños.»

En el año II (n.º 14, febrero de 1914) aparece una nota reseñando la excursión de estudiantes de la Universidad de Granada a Baeza, que dice así:

«Nueve alumnos de Teoría del Arte, de la Universidad de Granada, dirigidos por el ilustre escritor y catedrático Sr. Domínguez Berrueta, han visitado estos pasados días a Baeza, la ciudad grandiosa, metrópoli mucho tiempo del arte y la cultura de la Alta Andalucía y en la cual el silencio y el olvido guardan como en inmensa tumba[6] recuerdos y glorias venerables».

En el año V (n.º 59, Noviembre de 1917), Alfonso de Biedma publica un trabajo con el siguiente título: «Glosario de Baeza: En el palacio de Benavente y Jabalquinto». En él se queja del descuido de la ciudad para con sus monumentos y analiza aspectos artísticos de los referidos en el título.

El mismo año y en el mismo número, aparece otro artículo de Adolfo Chercoles Vico con el título significativo de «Baeza, ciudad del silencio...», donde se citan versos del «niño poeta» Rafael Láinez Alcalá (versos que, según declaración de D. Rafael[7], fueron revisados por Antonio Machado). Las dos primeras líneas adelantan los temas a tratar:

«Rendida por el peso de sus años, coronada de gloria, la ciudad vieja, la ciudad bella, duerme y sueña...».

De todas estas colaboraciones obtenemos un denominador común que coincide con la visión machadiana de Baeza. Pero hay una diferencia: los autores citados se ocupaban de una ciudad concreta, sin intención de trascender a más. Machado, por el contrario veía en Baeza un problema cuyas implicaciones, como mínimo, se extendían por las tierras andaluzas y por las de una España que le preocupaba y dolía en lo más profundo de su ser. La transcendencia de su juicio aclararía así la dureza de éste y dejaría a salvo algunas cuestiones delicadas, pues no iba dirigido a escarnecer a nadie sino a

---

[6] El subrayado es nuestro, J.A.B.C.

[7] En el artículo citado en la nota 2.

ejemplarizar, a partir de realidades concretas, problemas de extensión general en nuestra geografía.

Hemos encontrado también en *Don Lope de Sosa* otra referencia directa a Machado, además de la ya citada anteriormente. En la sección de noticias de la revista (año VIII, n.º 86, Febrero de 1920), aparece una nota en la que se da cuenta del traslado del poeta a Segovia:

> «El ilustre literato y catedrático meritísimo del Instituto General Técnico de Baeza, Antonio Machado, trasladó su residencia a Segovia, donde fue destinado a virtud de concurso. Deja el Sr. Machado en Baeza, ciudad de culto ambiente, recuerdos inolvidables.»

A lo largo de las páginas precedentes se ha tratado de poner en contacto con la obra de Machado con la realidad geográfica y social que le toco vivir durante su estancia en tierras jienenses. Luego, se ha estudiado su presencia en la «Crónica mensual» de la provincia y se ha visto cómo, a pesar de la modestia de que siempre hizo, no pudo pasar desapercibido para quienes, con otras posiciones ideológicas, trabajaban también por la cultura. Algunos discípulos del poeta en Baeza colaboraron activamente en *Don Lope de Sosa* (Láinez Alcalá y Chércoles Vico, por ejemplo) y, con ello, establecieron un puente honroso entre posiciones y presupuestos culturales que aún por entonces convivían en España. dando así por ejemplo de respeto, y tolerancia de ideas ajenas[8].

En cuanto a la valoración que Machado efectúa de Baeza, positiva en ciertos aspectos y negativa en otros, creemos que responde a realidades palpables, que también están presentes, de un modo implícito, en las páginas de *Don Lope de Sosa*. Hasta los «coleccionistas de monedas antiguas» pueden encontrarse en estas colaboraciones. Así, en el artículo de Alfonso de Biedma citado más arriba. leemos:

> «Me acompañó al Seminario D. Francisco Barba Vergara. ¿Quién es D. Francisco Barba Vergara? Es un sacerdote piadosísimo, culto, amante de la arqueología

[8] No quiere el autor dejar sin mención un libro verdaderamente original, justo en su intención y acertado en su contenido, donde se profundiza en temas muy similares a los aquí tratados y se sostiene la importancia que Baeza tuvo para el poeta. Se trata del libro de Cesáreo Rodríguez-Aguilera, *Antonio Machado en Baeza*, publicado por A. P. Editor, Barcelona, 1967. Gracias a él, hemos podido ver confirmadas muchas de las idas que venían rondando nuestra mente desde aquel domingo de febrero de 1966 en que intentamos (y conseguimos sólo a medias) pasear con Antonio Machado en Baeza.

y de la numismática, cuidadoso coleccionador de monedas y de tablas antiguas y de fósiles y, en fin, de cuanto significa curiosidad histórica o belleza artística...».

III

Dos son los fines que el autor se ha propuesto en este trabajo. De una parte, contribuir en algo al estudio de las relaciones entre Antonio Machado, su poesía, su pensamiento, y la provincia de Jaén. De otra, dedicar un recuerdo agradecido a Alfredo Cazabán, director de *Don Lope de Sosa*, hombre preocupado por una meta limpia (laborar por la cultura) y responsable de que el autor se encuentre en el mundo y encamine sus pasos por esa senda del trabajo intelectual que Machado y Cazabán abrieron con su esfuerzo desinteresado y constante.

JUAN ALFREDO BELLÓN CAZABÁN
(Marzo de 1971)